

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 10 de Junio de 1922.

Número 23.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

El sábado han inaugurado un monumento á Alfonso XII. Me dicen que se parece mucho al que tiene en Alemania Federico el Grande.

¿No podían haber buscado un modelo más sencillo?

Alfonso XIII ha ido á Barcelona. El Gobierno y muchas gentes más, envuelven ese viaje en la idea de aventura proeza. Las felices noticias de la excursión se dan en los ministerios con demasiado júbilo, y se subrayan demasiado, para que el más torpe no comprenda que las ovaciones y el entusiasmo monárquico tienen en Cataluña más importancia que en los demás sitios.

Si yo fuera rey (no está en la mano de nadie dejar de nacer rey, por indigno que sea, si la Providencia lo quiere) emplearía los arranques absolutistas que habrían de corresponderme en desorejar al inhábil ministro capaz de indicar que era para mi aventurado en algún orden visitar una provincia de mis Estados. Y á la acreditada teoría de las minorías exaltadas, hubiese opuesto que mi causa, más extendida, tenía derecho también á las minorías exaltadas. Y en consecuencia, no hubiera consentido que se diese á mi feliz viaje más importancia de la que se da al hecho de que todos los días pasen tranquilamente por las calles de Barcelona el «Noy del Sucre» y el señor Puig y Cadafalch.

El viaje ha acabado en histórico. Ha dicho D. Alfonso en Las Planas:

«De ahí (del movimiento juitista) viene el desprestigio del Ejército.

Esta es, señores, en pocas palabras, la actual normalidad. Apartémonos de todo ello. Fundémoslo todos en un mismo ideal. Que todos los que de la guarnición de Barcelona meáis, acordéis lo que os digo. Si vosotros habéis prestado juramento ante vuestro Rey, yo lo he prestado ante la más alta representación del país, ante las Cortes, jurando, con la mano puesta sobre los santos Evangelios, el cumplimiento de las leyes, y yo os digo que se ofende á todos nosotros cuando se nos trae y se nos lleva diciendo que se ha tomado tal ó cual acuerdo. Se ofende, digo, á todos y á cada uno de nosotros, y confesamos ahora sinceramente que todos hemos pecado, que todos hemos dejado incumplidos nuestros deberes, y yo me confieso el primero de no haber cumplido siempre como debiera haberlo hecho. Rectifiquemos nuestros errores.»

¿De verdad estimaría el Sr. Sánchez Guerra como un triunfo que ahora acordaran las Juntas disolverse?

Convocarse y disolverse por sí propias es un privilegio que no ha querido concederse nunca, por abusivo, á las Cortes que ahora resulta que son «la más alta representación del país»

¿Quién puede negar que vivimos en una grande monarquía viendo la enorme distancia que hay de Córdoba á Barcelona?

Ha habido ahora en Barcelona una Asamblea Nacional Catalana, encaminada á demostrar que la Lliga no tiene la fuerza explosiva necesaria para el porvenir de Cataluña. Se ha culpado á los lligueros de contemporizadores, y se ha hablado de Felipe V, de Estado oprimido y Estado opresor, y de otras cosas.

Realmente es algo ridículo poner el grito en el cielo cantando *Els Segadors* y la vista en la tierra cantando al arancel; pero ¿va á serlo menos proclamar á diario que lo deseado ardentemente por toda Cataluña es una violencia que no llega nunca á estallar?

No hay que alarmarse. Estos extremos de la Asamblea Nacional Catalana me suenan un poco como esas murgas con que se inauguran los establecimientos, tanto más lucidas y estruendosas si hay enfrente una tienda del mismo género; para acabar dando productos averiados cuando se han llevado la parroquia.

Argumentación probable de un asambleista nacionalista catalanista (creo que se llamarán así) en el primer acto que celebrará:

«¡Vaya un catalán que habrá habla-

do al sucesor de Felipe V el alcalde de Barcelona, cuando le ha entendido! ¡Catalán de contemporización! ¡Catalán de traidores! (Prolongados aplausos.) Si le hablo yo en catalán, no me entiende una palabra.»

De otro partido se habla también: uno que van á formar señores mauristas que se separan de Maura.

Pero no he podido averiguar, ni imaginar siquiera, qué nueva capillita va á ser esa, porque leo que los separados dejarán para el maurismo estrictamente lo reaccionario y se llevarán lo demás.

¿Lo demás? ¿Qué es lo demás?

No se alarme el Sr. Cierva porque el general Picasso haya unido al expediente dos Reales Ordenes indiscréticas. No pasará nada. Ni siquiera dirá nadie todo lo que tenga que decir. Y finalmente, ahí está el patriotismo para tapar lo que se ocurra.

El sábado hay en el Palace un banquete (un acto, como se dice ahora), de la concentración liberal.

Sin duda dirán allí los concentrados todo lo que se callan en el Parlamento, único lugar en que se muestran concentrados verdaderamente. ¿Tendrán, por cierto, el descaro de aludir siquiera al expediente Picasso después de los sobrealzados escríptulos que accretieron el miércoles al Sr. Villanueva en el Congreso?

En fin: veremos en lo que queda esa comedia en un acto y siete discursos.

El sentimiento religioso

«Es la gran frase! ¿Qué católico no la ha pronunciado en ocasiones más ó menos solennas con el campudo acento, el trágico ademán y el sacro furo que requieren las grandes frases de efecto?

¡Ah! ¡El sentimiento religioso del pueblo español! Esto no es sólo una frase: ¡es un real!»

¿Qué noble idea formarán de nosotros los hombres pensadores de allende las fronteras ante el irrisorio crudal de virtudes que este ponderado sentimiento religioso les sorprende! Es un pueblo justo, laborioso, morigerado, ídolo, hospitalario, tolerante, se dirán: un pueblo perfecto, en fin; que todo esto significa la firma de su religiosidad jamás empujada.

¿Qué bonito! ¡Si parece verdad tanta belleza! Pero vean ustedes lo que son las cosas; aunque lo parece, no lo es.

Este sentimiento religioso tan cacareado, tan austadizo y susceptible, que se

manifiesta aquí todos los días con estrepitoso aparato, es un sentimiento de *double exploitado* por media docena de *lechusos* que viven en y de las tinieblas de la ignorancia; no es el grandioso sentimiento que informa las acciones de los hombres de bien.

Es el sentimiento fanático y criminal a un tiempo que predicó y armó las célebres Cruzadas, aquellos ferozes ejércitos de innobles aventureros, de asesinos y ruines, que así degollaban en el saqueo de Jerusalén ancianos decrepitos, mujeres indefensas, criaturas inocentes, y se sumergían en sangre de infieles hasta la cintura dentro del templo de Salomón, como despedazaban cadáveres y lenguas de obispos en Wartzburgo y en Espozica, todo con el mayor regocijo del Jefe visible de la Iglesia, que prometía el perdón de todos los pecados y de todos los crimenes a los *barbianos* que se alistaran bajo la bandera de la cruz (!) para conquistar del sepulcro de Cristo.

En estos tiempos es el sentimiento que asesinó a un gobernador civil en la catedral de Burgos.

El mismo sentimiento que acusa á Dios trino y uno (!) de la pérdida de las cosechas, y gasta los dineros en rogativas y procesiones para alcanzar el benéfico de las lluvias, poniendo con este motivo el mérito de los pobres santos á discusión en la plaza pública y sacando á subasta ilícita é inmoral favores del cielo.

Es el sentimiento que ha creado una *Virgen del Buen Parto* y otra *Virgen de la Buena Lecha*, dos Virgenes más ó menos interesantes y nada poéticas, pero enemigas sin duda de los comidrones y las amas de cría.

Es el sentimiento que colecta sin cesar el dinero de San Pedro y da á los curas por Cuaremas huevos y otras menudencias á cambio de cédulas de comunión y amas rogigantes en todo tiempo.

Es, en fin, el sentimiento que ha sometido la salvación de las almas á una tarifa de respuestas, misas y repiques de campanas en grande escala.

Así, cuando oigan ustedes ponderar el sentimiento religioso del pueblo español, sean ustedes precavidos, no se dejen alucinar puerilmente como dicen los autores de específicos medicinales, desconñen ustedes de las falsificaciones; que esto del sentimiento religioso es una frase muy bonita, muy simpática, sin rival, la única en su clase, que dicen también los aludidos industriales, pero es simplemente una flor ataviada con muchas galas para ocultar más fácilmente el aspid que alberga en su seno.

Es un sentimiento inventado para uso exclusivo de presbíteros y frailes.

Duelos y milagros

Tras la consagración de Melilla al Corazón de Jesús, Annual; y después de los regimientos expedicionarios visitando para demandar victoria y salud á las patronas y patronos del pueblo, capital de la provincia ó de la región militar, la imposibilidad de socorrer á los defensores de Monte Arruit, que continúan en cautiverio; y ahora, corolario de la iglesia de Nador, con su efigie de Santiago Matamoros, un Cristo milagroso como el de Limpías. No podía faltar; para eso hay frailes en Melilla.

La imagen melillense abre y cierra los ojos. ¿No sudar? Milagro! Los Cristos milagrosos no salen de ese pobre y muy sabido repertorio: llorar, sudar y parpadear. Mis novedades, variaciones, milagros nuevos, nunca vistos y sorprendentes. Este es el a b c de la milagrería.

Cuando la Inquisición y el brazo secular inquirieron y castigaron supercherías de truhanes, no toparon con otro género de delincuencia. Y se continuó lo mismo.

¿Oros milagros? ¿Supercherías? ¿Truhanerías? ¿Artimañas de pícaros? Eso nos faltaba para perder en Marruecos el poco crédito que conservábamos. ¿Vamos á empezar á él el protocolo?

¿Qué es un milagro verdadero? ¡Ah! En ese caso á reparar tocan. ¿Qué falta hacen en Marruecos miles de soldados? Los infieles se convertirán á la fe de Cristo y la imagen que llora y mueve los ojos persuadirá á unos, atemorizará á otros, y hará que todos los marroquíes abracen la religión católica y acepten el protectorado de la nación feliz que posee la gracia de imágenes milagrosas. Si hay milagro, ¿para qué más? Si no lo hay, ¿para qué menos? El dishonor y el ridículo de que habló don Gabr. el Maura y Gamazón son llegados. Ante el milagro patente del Cristo de Melilla pondrán sus odios y rasgarán sus cartas de desafío los militares que habían concertado duelos entre sí.

Los cautivos nos serán devueltos para que no lleve la imagen; y asombrados y edificados y convertidos por su llanto los marroquíes, más matanos, infieles que tienen ya para un año en cautiverio á los compatriotas que no pudimos socorrer. ¿Pudimos? R. Queme dice que sí, ¿No pudimos? Fae imposible, asegura B. renguer. No sería por falta de millones para Guzmán. Pero ¿qué recordar tristezas y evocar miserias? Lo pasado, pasado. Ya tenemos en Melilla el Cristo que llora y abre y cierra los ojos. Con la protección divina, milagrosamente manifiesta la en nuestro favor, sobran soldados, no hacen falta millones; dejemos á los frailes con la imagen milagrosa, y todo se le dará á España por su audición.

O se cree ó no se cree. ¿Hay milagro? Pues con el milagro basta. ¿No lo hay? Fuera impío dudarlo. Impío, é irrespetuoso para las autoridades de Melilla.

ROBERTO CASTROVIDO

Los vasos sagrados

El clero ruso y algunos ortodoxos fervientes, coreados por aristócratas del extinguido Imperio, se han mostrado reacios á la entrega de los vasos sagrados y de los tesoros de las iglesias al Gobierno soviético. Los primeros han obrado así por egoísmo y por avaricia; los segundos por fanatismo ciego, que ve en todo despojo del templo un latrocinio y un atropello. La fiscalidad de esta medida invocada por los soviets es justa y laudable: el socorro á los hambrientos rusos.

El clero y el populacho, embrutecido por la superstición, es el mismo en todas partes. Cuando en España, hace ya muchos años, se decretó la revisión, catálogo é inventario de los tesoros de las iglesias, las turbas fanatizadas arrastraron por las calles al gobernador de Burgos. El tesoro de las iglesias está guardado con más celo

que el dogma y es sagrado é intangible para los que colocan la religión y los sentimientos religiosos en un montón de joyas, siendo más grandes éstos cuanto mayor es el cúmulo de oro y pedrería.

Sin embargo, la religión católica enseña que todos los fieles son templos vivos del Espíritu Santo y que la caridad no ha de retroceder ante la puerta de los santuarios cuando se trate de calamidades públicas y de socorros al prójimo. Los tesoros de las iglesias, los vasos sagrados de inestimable valor, las riquezas de los templos pueden ser un testimonio de religiosidad de los donantes, del celo de sus guardianes ó de la avaricia de sus detentadores; pero jamás pueden quedar exentos y privilegiados para no cooperar al auxilio de los fieles y mucho menos para permanecer en las arcas y vitrinas cuando se mueren de hambre los fieles redimidos por Cristo.

En Rusia el fanatismo religioso había amontonado en monasterios é iglesias tesoros fabulosos que se iban escapando de la intervención oficial á pesar de las tribulaciones que han caído sobre aquel desdichado país. Pero el hambre ha comenzado á causar millares de víctimas y las miradas se han dirigido á las iglesias y á sus riquezas, con las cuales se pueden mitigar infinitos males. El Gobierno soviético ha decretado la confiscación de esos tesoros, y el clero ha puesto el grito en el cielo y ha protestado del que llama despojo. Los más rebeldes y procaces han sido fusilados, y el escamoteo y ocultación de riquezas reina en todo su apogeo. No importa que mueran los hombres si se salvan las riquezas de los templos y las joyas de las imágenes.

San Agustín decía en la Regla que escribió para sus monjes, que si era preciso se vendieran los vasos sagrados para socorrer á los religiosos enfermos. Los ortodoxos rusos no lo entienden así; abarrota el templo eclesiástico, oyen impertinente los lamentos de los familiares y contemplan con indiferencia cómo el hambre mata á los niños, mujeres y ancianos. Como sarcasmo irritante, las imágenes aparecen espléndidas con sus coronas y presas que valen millones, una riqueza estéril que para nada sirve, que las imágenes no necesitan y que el sentimiento religioso verdad censura y abomina.

Decretada la confiscación de vasos sagrados y de joyas, lo importante es que llegue su producto á manos de los necesitados y no suceda lo que otras veces, que han salido del poder de un detentador para caer en el de otros, que se han enriquecido con perjuicio de los demás.

El vaso sagrado no es más agradable á Dios por el oro y piedras que contiene. Lo que lo avalora es la pureza de conciencia y la abnegación y limpieza de corazón del que lo usa.

FRAY GERUNDO

EL IMBECIL

Le vais por todas partes, lo llena todo; aparece en los salones; se apoya indolentemente en el escaparaté de Lhardy; no falta á los estrenos; sonríe á las damas en el Real; cona con las grandes prostitutas en Fornos... Cuando por la calle de Peligros ya sólo algún desahogado transita, todavía en el grave silencio de la noche resena la imbecil carcajada del señorito rico.

Se llama Alfredo, Luis, Enrique, Adolfo... El nombre es un detalle insignificante; en él es un accesorio como el rostro mismo. Ciento veréis, y los ciento os parecerán hermanos.

Ayuntamiento de Madrid

Los viste el mismo sastrero, los peña el mismo peluquero, de un solo horno salen los pasteles con que alimentan en estómago, y acaso el mismo lacayo engendró á muchos de ellos.

Una misma mujer estruja sus bolsillos y recoge el pus y la líafa de sus venas.

Amarillos, entecoos, caídos, con la última canchoncilla en los labios y el vacio más espantoso en su cerebro de pájaro, los veis pasar cuando la tarde es y la atmósfera es espesa, guían los sus ridículos trenes por las alamedas del Retiro.

A un lado del semblante envejecido, largo, huesudo, de un amarillento cárdeno en que se refleja toda la decadencia de la epopeya y toda la humillación de una raza, otro rostro aparece, áspero, duro, pomuloso, de ojos sin centelleos, pero fijos y serenos en la mirada. El *el grom*. También joven, pero joven lleno de sangre, de vida, de fuerza.

Cuando el ochocientos cruza rápido como un juguete, y veo pasar ocultas la fuerza sin inteligencia, pero fuerza al fin, y la estupidez dorada, oero al cabo espúndido, pleno en las postimerías latinas, y recordo el espectáculo de los jóvenes patriotas revolotándose, no ya en los brazos de las rameras, sino en el lecho de los esclavos.

Y con todo—¿quién lo duda?—en esos ocos aós hay también una fuerza, fuerza social.

Ellos representan algo que en las sociedades es nervio y motor.

La política, las instituciones, la complicación natural de la vida en los pueblos han hecho posible que sobre ellos caiga lluvia de oro al obtener su número en la lotería del nacimiento. Preguntados por la intensidad y la razón de esa fuerza, la ignoran. Conocen desde muy niños el gran secreto, y sonríen.

¡Rico! Es su palabra. Síben, pues, cuanto nacéis, y continúan por el mundo su carrera.

¿Van atorlidos? No. ¿Van delirantes ó sonámbulos? Tampoco.

Van corrientes misteriosas los arrastra y ruedan como la piedra.

Jamás tratan de volar, porque nunca sintieron los estímulos de la lucha; no se despañan como el águila muerta; caen como el perro en la llanura.

Para ellos no hay amor.

Sus milmas tragedias amorosas son producto de los nervios sin freno y resultado de sus preocupaciones de ahitos.

Se besan como besan y abrazan, sin amor y sin odio.

Conocen la patria porque á su vuelta de Biarritz abren su equipaje los aduaneros de Irún.

Representantes de la propiedad, hijos y nietos de los que defendieron la religión y la familia—siempre invocados á la hora en que el oñón truena y los tributos se agravan—van sin dolores ni envidias por el mundo.

En la inmensa paz social nadie turba la sublimidad de sus orgías.

Los trabajadores, los obreros, espíritus incultos que no aprecian las grandes refinamientos de la vida, cuidan de que aquellos profundas alegrías se deslicen amenas y risueñas..., y los que no tienen propiedad, ni acaso religión, ni tal vez familia, el fustil al hombro y el rancho en el misero estómago, velan porque los fundamentos sociales se mantengan incólumes, gritando en el silencio de la noche: ¡Alerta está!

¿Dan envidia? ¿Dan lástima? ¿Producen risa?

Contemplando la imbecilidad dorada, pienso sólo en que al fin hay una especie de justicia.

Cuando después de inchar en el periódico, en el Ateneo, en el *mitin*, la juventud vigorosa, entusiasta, sale á respirar un poco de oxígeno, mira hacia la otra juventud y pasa.

Ya satisfecha, también algo nerviosa, pero nerviosa por la tensión del cerebro que piensa y trabaja.

Ya alegre, aunque reflexiva y serena, sintiendo que es la fuerza y la vida, la vida en

cuyo rolaje inmenso y complicado han dejado el último jirón las razas ya destrozadas por un gran nivelador, el juego; por una gran justiciera, la prostituta.

El juego, es decir, la fuerza ciega que les diera poder; la prostituta, es decir, la que ha sido al nacer herida por las injusticias de esa fuerza, se encarga de realizar la obra civilizadora y empujar la elegante estupidez á la muerte y al escarnio.

El juego pone en venta los trofeos y divide los ricos olivares y las extensas dehesas... Da al ocioso capital nuevos dueños.

La pérdida, la extraviada, acortando con su mano de antigua fregona el semblante escudado del señorito rico, abrazándole con sus brazos robustos de hija del sol y del pan negro y de los aires puros, le muerde en los labios y en las mejillas le besa, como él quiere, hasta hacerle cada vez más estúpido. Un día llega en que el beso y la lascivia se le han metido dentro, muy dentro, y nadie puede sacarlos. El veneno está ya en el alma y en el cuerpo, y, ó termina la raza, ó se dilata en nuevo hogar.

Si aún lucha por la vida, su última llamada es horrible.

Los tímidos engendros vienen sólo á pasear por el mundo su mayor imbecilidad y su ruina sin respeto.

JULIO BURELL

Las manzanas de Eva

Pues señor, va de cuento. Magdalena érase una muchacha lista, alegre, locuaz y vivaracha;

causaba tentaciones su hermosura, y sin duda por esto

tentó el diablo á B stían, todo un buen mozo de aire gentil y continente apuesto.

Sus frases de ternura

Magdalena escuchó llena de gozo, mas... ¡mi gozo en un pozo!

como dice el refrán, pues la chiquilla,

que era del pueblo gala y maravilla,

cayó en la red tapida y amorosa

que B stían le tendiera diestramente,

viéntose, finalmente,

en una situación... embarazosa.

Fué el escándalo gordo de la aldea

el ver que la muchacha

locuaz, alegre, lista vivaracha,

el encanto, la joya, la presea,

dió á luz una chiquilla...

¡Escándalo por cosa tan sencilla!

Sorda conjura fragua

contra ella el pueblo todo: se la niega

lo que á ningún mortal, ¡el pan y el agua!

y á tal extremo la conjura llega,

que el mismo señor cura,

con grande fuerza y brío

lanzó un sermón de padre y señor mío

para execrar á la mujer impura:

—El diablo la ha tentado

á que probase el fruto prohibido;

la serpiente fatal la ha fascinado,

y su voz de sirena la ha inducido

á probar la manzana que en sí lleva

el pecado mortal que perdió á Eva.

Arended, hijas mías,

y huid las tentaciones

que se os presentarán todos los días

y en todas ocasiones ..

¿Del sermón el efecto fué seguro?

Eso es lo que no juro,

Ayuntamiento de Madrid

pues aunque extraño y nuevo el caso sea, á la nueva mañana no quedó una manzana en los manzanos todos de la aldea.

Convento destruido

El de las adoratrices de Bagoña ardió la mañana del miércoles 7.

Las 35 religiosas y las 107 educandas que albergaba escaparon hacia los jardines, pudiendo salvarse de este modo, suerte que no alcanzaron ni una imagen del Corazón de Jesús, ni varios equipos de ropa blanca encargados por casas de confección de Bilbao.

El edificio, que valía 600.000 pesetas y que estaba asegurado en 160.000, quedó destruido por completo.

Como tengo la seguridad de que los católicos bilbaínos aprovecharán esta acasión para lucirse reedificándolo en breve, me limito á lamentar que el incendio no tuviese en cuenta la diferencia que existe entre una imagen del Sagrado Corazón y unos equipos de ropa blanca.

Por cierto que hasta ahora (confieso avergonzado mi ignorancia) no me había enterado de que los edificios religiosos se aseguraban. Llenos de santos y santos, me parecía lógico que sus servidores confiaran en su intervención milagrosa para evitar que los incendios los destruyesen.

Pero nada; los aseguran como hacen con sus fábricas, sus almacenes y sus tiendas los industriales y los comerciantes.

B en mirado, no debería extrañarme nada de esto. Si ponen pararrayos en los templos para precaverse de las chispas eléctricas que, según ellos, representan la cólera divina, ¿cómo no han de precaverse contra los estragos de un incendio que la caída de una vela sobre el paño del altar puede producir?

Que arda todo lo que no pueda salvarse, pero cobrése el seguro.

Entre beatas

—¡Adiós, doña Ifigenia!

—Adiós, chica. ¿Tú por aquí á estas horas?

—Sí, señora. He venido á la primera misa de los frailes, no sólo por la misa, si le he de ser á usted franca; vine por vigilar á la Eva, que viene muy á menudo, y no sé yo á lo que viene ni qué se trae.

—Chica, vendrá á confesarse y á oír la misa.

—Eso es lo que quiere hacer creer. Pero á mí no me la da.

—¡Qué mal pensada eres! Di, ¿qué has notado en ella para sospechar de su devoción?

—Una cosa que no se la digo hasta que no me cerciore de la sospecha, doña Ifigenia.

—Pero, ¿quieres acabar de decirme cuál es la sospecha?

—Se lo diré. Pero mucho cuidado con referírselo a nadie.

—Nada temas, que soy un sepulcro para esas cosas.

—Pues es el caso que la otra mañana vi á la Eva acercarse al confesonario y dejar caer un libro de confesión á los pies del padre... salió del devocionario un papelito que el confesor guardó. Luego siguió como si confesara, y al poco rato se alejó. Yo, que vi todo eso, pensé enseguida en algo anormal, mucho más cuando vi que no tomó la Eva comunión en la misa que se celebraba, y eso que tenía tiempo para todo.

—Bueno: ¿y qué deduces tú?

—Deduzco, que dado el carácter de Eva y lo *riguroso* que es el padre en sus penitencias, ó, mejor dicho, en nuestras penitencias, le ha impuesto una muy grata á la Eva.

—No seas mal pensada, chiquita, y cree que cuando venimos á la iglesia venimos á cosas buenas.

—Sí; y á dejar caer el devocionario entre las piernas del confesor.

—Eso sería un descuido, niña.

—¿Y el papelito que cogió del devocionario el confesor?

—Tendría la oración de la semana, ó el ejercicio del día.

—¡Claro! Y le da la oración y el ejercicio la penitente al confesor. El mundo al revés. ¡Qué cosas!

—No seas atolondrada, muchacha, y vayas á hacer una historia de un hecho sin importancia.

—Bueno, doña Ifigenia. Cada una con sus sospechas y Cristo con todas. Y adiós, que viene ahí la traga hostias y no quiero saludarla...

—¿Dónde va tan deprisa mi buena compañera de vela? ¡Ay, doña Ifigenia! ¿Usted aquí?

—Sí, señora doña Leonor.

—¿Y cómo se habla usted con esa ton-tuela que se aleja, siendo usted tan formal y ella tan alocada?

—¡Que quiere usted! Hay que oír á todo el mundo. Y si usted supiera que cosas se dicen de la joven, no tan joven ya, que llaman Eva...

—¡Ah! No me hable usted... Trae de cabeza á todos los confesores. ¡Qué penitente, Dios mío, qué penitente! Siempre al pie del confesonario.

—Pero se habrá usted fijado que siempre se confiesa con el padre Enrique.

—Sí, es su especialidad; jóvenes, ó relativamente jóvenes, como esa Eva. Á las viejas las desecha enseguida.

—Pues verá usted, á propósito de esa Eva. Se sabe que está en muy íntima correspondencia con el confesor, por papeles que lleva en el devocionario.

—¿Y sabe usted qué papeles son esos?

—Cartas, supongo yo.

—No, señora. Son billetes de Banco que van metidos en un sobre de tarjetas.

—¡Atizal! ¿Y tan caras paga las misas esa Eva?

—Es muy espléndida.

—¿Y por qué no se los dá de otra manera?

—Eso son misterios de la Orden.

—Entonces, esa locuela que se ausentó hace poco, ¿tercia razón?

—Si se refiere á esto, la tenía.

—Claro que de eso hablaba.

—Pues hoy, amiga, juventud y oro; es lo que atrae á los frailes. Lo demás es monserga pura.

—No me hable usted, que cuando la pe-

reginación al Pilar me llevé de compañía á un padre espiritual joven, y no hizo otra cosa que aconsejar á las peregrinas guapas, llevándolas de la mano á todas partes. Y en una estación en que se apé una muy regularcilla, dejaron él y ella que pariera el tren, simulando una tardanza.

—¡Ay qué tiempos, doña Leonor! Hoy no se recita ya nadie, y las que somos de votas y verdaderas cristianas, no podemos ir con sacerdotes jóvenes.

—Tiene usted razón: no podemos, ni ellos nos quieren. Y adiós, que voy á ver si está aquí don Salvador y me confiesa en un instante.

Gantares parodiados

Tanto cura, tanto cura,
tanto fraile, tanto fraile,
tanta plata en las iglesias
y tanto obrero con hambre.

Pajar, to tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
di si has visto un fraile flico
ó pobre un conservador.

No sé que será más pena
para el obrero si feliz,
si, ir por hambriento á la cárcel
ó emigrar á otro país.

Bajé al patio de la cárcel
miré al cielo y di un suspiro
al ver preso al periodista
estando libre el bandido.

El amor á la riqueza
dice el cura que es pecado
y pide para San Pedro
sin que él lo haya autorizado.

No siento yo que te vayas
á Roma como romera;
lo que siento es si á ese nombre
vas á mudarle una letra.

Vente conmigo y haremos
una escuela de una ermita
y un hospital de un convento.

Le estoy dando tiempo al tiempo
por ver si el pueblo se cansa
de estar con hambre y encueros.

Hablando de la cohorte de curas y
beatos que amargan las últimas ho-
ras de los reos en capilla, dijo entre
otras cosas *Vida Nueva*:

«Aquí no se da un paso en la vida sin
que aparezca la actana; lo mismo en las
enfermerías de las plazas de toros que jun-
to al patíbulo; igual en las escuelas que
en los asilos, en la calle y en el hogar.
Creemos que va llegando la hora de liqui-
dar este vergonzoso pleito que tanto impide
á nuestro país que se desahricane de-
finitivamente.»

Conforme con cuanto dice *Vida Nueva*, menos con lo de que va lle-
gando la hora, pues hace muchos
años que sonó.

En la tradicional romería de Rubia-
nes surgió una reyerta entre los devo-
tos de dos parroquias rivales, que ter-

minó á pedradas, palos y tiros, resul-
tando dos muertos, tres heridos graves
y varios con lesiones de menos impor-
tancia.

Si habían confesado y comulgado
los que murieron, es posible que llega-
ran al cielo antes de que se les pasara
la borrachera de vino que es costum-
bre coger en todas las romerías, alter-
nando con la de devoción que llevan.

Y en cuanto á los heridos, deseo que
al leerse estas líneas se hallen todos
curados, para que puedan al año ve-
nidero asistir á la romería con el mis-
mo fervor que este.

En el pueblo de Sassocivaro, cer-
ca de Turín, una familia entera, com-
puesta de siete personas, enloqueció
repentinamente á consecuencia de ma-
ña religiosa.

Prendieron fuego á varias chozas y
se pusieron á bailar frenéticamente
ante las llamas. Cuando la policía y
los vecinos se dirigieron á prenderlos,
se encerraron en su casa y comenza-
ron á disparar sobre toda persona que
intentaba acercarse.

Las manías religiosas siempre revis-
tieron el mismo carácter y aspiraron
á lo mismo: á quemar y matar.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

E. Bacardi, Santiago de Cuba, 50 pesetas.
D. Vargas, Vegadeo, 4; Enrique Arias,
Gijón, 4; Rubén Fayós, Sueca, 4.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Vegadeo.—Daniel Vargas. Abonada su
suscripción á fin Mayo 1923.

Gijón.—Enrique Arias. Id. á fin Ma-
yo 1923.

Sueca.—Rubén Fayós. Id. á fin Ma-
yo 1923.

Valencia.—Centro de Unión Republica-
na «El Avance». Id. á fin Febrero 1924.

Fuliola.—M. Pané. Recibido su Giro de
11 pesetas. Cor forme.

Algeciras.—José Trelles. Id. de 13,50.
Cor forme.

Posoblanco.—A. Díaz Jurado. Id. de 30.
á cuenta.

Campillo.—Serafin Martín. Id. de 5 á
su cuenta.

Santander.—Eduardo Gires. Id. de 7,20.
Cor forme.

Bilbao.—Círculo Republicano. Id de 25.

ABRAHAM POLANCO

El último día de la Ciudad

Libro intenso y demoledor

TRES PESETAS

De venta en todas las librerías
de España y en EL MOTIN.

Imp. Juan Pérez. —Paseo de Valdeilla, 2.—Madrid.